



EL DORADO

PRESENÇA DA CULTURA LATINO-AMERICANA NO *MIXTURAS*

Araceli Otamendi é escritora e jornalista. Nasceu na cidade de Quilmes, Província de Buenos Aires, **Argentina**. Diretora das revistas digitais *Archivos del Sur* e Barco de papel (infantil) fundadas por ela em 2002. Graduada em Análise de Sistemas pela Universidad Tecnológica Nacional - Facultad Regional Buenos Aires. Publicou o romance policial *Pájaros debajo de la piel y cerveza*, que ganhou o premio Fundación El Libro-Edenor em 1994. Em 2013 publicou o romance policial *Extraños en la noche de lemanjá*, em formato e.book, na revista *Aurora Boreal* (Dinamarca). Parte de sua obra (contos, ensaios, fragmentos de romances, entrevistas) foi publicada em diversas revistas culturais e acadêmicas, sites, jornais argentinos e de outros países. Ela escreveu três romances policiais, um deles inédito e atualmente está escrevendo outro romance policial. Como jornalista, trabalhou em diferentes meios de comunicação na Argentina: revistas *La Maga*, *El Grito*, *Cultura Segunda Época*, outras revistas culturais e um jornal. Também foi colunista e produtora geral de um programa de cultura na Radio del Plata. Em 2000, sua antologia *Imágenes de New York*, seleção de textos de autores hispano-americanos, foi parcialmente traduzida para o inglês por James Fernández e apresentada no Centro Español Juan Carlos I da New York University (NY) para acompanhar a mostra fotográfica com mesmo título. Participou de diversas antologias de autores argentinos e de outros países. Atualmente colabora em diversos meios de comunicação na Argentina e no exterior e coordena oficinas literárias de contos, romances e romances policiais.



LITERATURA

CONTO

Colores

Enfrente de mi casa hay un árbol con flores color violeta. Lo veo cuando me asomo a la ventana del living, lo veo al salir del edificio de departamentos donde vivo. Hay mucho verde ahí y también muchos árboles, hay un parque. En el parque hay muchos perros, los llevan en grupos de seis, de diez, hasta de dieciocho perros, atados con correas, el que los pasea se llama paseador. Desde hace algunos años hay paseadores de perros en Buenos Aires, personas que se encargan del trabajo que los dueños no pueden o no quieren hacer. A los paseadores se les paga, dicen que muy bien. A los perros habría que preguntarles qué tal la pasan, pero ellos no hablan y sólo ladran o gritan o aúllan, a veces tienen calor, los tienen atados a los árboles. A algunos los dejan correr sueltos por el parque y otros perros se pelean, se corren el uno al otro y ladran al grupo de perros que tienen enfrente y que parece un grupo rival.



EL DORADO

PRESEÇA DA CULTURA LATINO-AMERICANA NO *MIXTURAS*

Nada de eso me conmueve hoy, camino por la vereda mojada, ha llovido hace un rato, hay un perro chiquito calzado con botitas. Las botitas son de color marrón, el perro lleva impermeable. Le pregunto a la dueña o a la mujer que lo lleva, si le ha enseñado al perro a caminar con botas. No, me dice, pero el perro recién sale de la peluquería, está bañado, con el pelo seco y peinado y no quiere que se ensucie. Cruzo la calle, puro asfalto negro y me detengo para cruzar la avenida: hay muchos ómnibus, autos, tendré que esperar a que el semáforo esté en verde. Hay muchas personas que esperan para cruzar y muchas personas que viajan en los ómnibus. Cruzo la avenida, ya estoy en otra plaza, esta está cercada por rejas y tiene juegos infantiles y también un sector para perros. Pero aquí hay muchos menos perros que en el parque, porque ahí retozan en cambio en esta plaza no pueden hacerlo. Hay personas que caminan apuradas y autos que circulan a toda velocidad. Hay perros exóticos y personas de caras extrañas y también exóticas, seguramente extranjeros que han venido a vivir a Buenos Aires ¿durante un tiempo? No lo sé, ¿lo sabe alguien? Camino una, dos cuadras, me detengo en los negocios que ofrecen pescado, joyas, perfume, lotería, bar, ropa, alfombras, y hay uno que me llama la atención más que los otros: el color frutilla, fucsia. Me detengo durante algunos minutos en la vidriera: la ropa, los juguetes, los adornos, todo es de color rosa o fucsia. Decido entrar. hay muñecas de plástico y vestidos para niñas, carteras, pañuelos, siempre dentro de la gama rosa, fucsia. Creo que también hay un aroma a chicle rosa, camino por ahí, es un decorado digno de una casa de muñecas tamaño natural. Le pregunto a una vendedora desocupada si toda la tienda está dedicada a las muñecas y me mira casi con asombro. Creo ver una sonrisa sarcástica en su cara y me contesta: Sí, por supuesto.

¡Enhorabuena! pienso, aunque tal vez no sea este el adverbio que pienso. Tal vez pienso otra cosa, tal vez me indigna ver ese lugar destinado a las niñas que bien podrían estar jugando en el parque entre las flores, corriendo, saltando o divirtiéndose con muñecas pero no así, en ese artificio, dentro de ese lugar. Descubro que además hay una peluquería y un café ahí adentro, como una casa encantada donde solo faltan las hadas y los gnomos, pero si estuvieran ahí ¿cómo serían? No quiero aguarle la fiesta a nadie pero algunos deberían dejar que los niños usen la imaginación para jugar y



EL DORADO

PRESEÇA DA CULTURA LATINO-AMERICANA NO *MIXTURAS*

no darles todo dentro de la caja con moño. La estupidez es mayor cuando veo a las madres entrar a comprar "cositas" de color fucsia al negocio: vestiditos, remeritas, carteritas, y salen con la bolsita de la compra y hablando, gesticulando encantadas con la última adquisición para las niñas. Ya se encargarán las niñas cuando crezcan de echárselo en la cara: Mamá, vos no tenías tiempo para mí, no me leías jamás un cuento, podrías haber coloreado un dibujo con témperas junto a mí, mamá, mamá, mamá. Me voy de ahí al negocio de la esquina donde hay un cartel verde que dice "Café" y promete ser aromático. Es un bar dedicado a esa bebida que no dejaba dormir a las cabras cuando masticaban los granos de la planta. Yo también quiero tener insomnio para poder escribir más y no pensar. El café, hay de varios tipos, me dice la moza que me atiende: ¿Cuál quiero tomar? No lo sé, no sé elegir entre tantos tipos de café: Dígame usted, contesto y ella elige. Tampoco me importa mucho, el café es de color marrón y está bien caliente. Le agrego un poco de leche que han traído en una pequeña jarra blanca. El color del líquido de la taza se convierte en un color clarísimo. Casi en el color piel de la camiseta que la abuela de mi padre me tejía para enfrentar cada invierno, en lana finita, casi invisible pero ¡qué abrigo! Después que ella dejó de tejer cada invierno esas camisetas y se fue de este mundo, no he podido encontrar ese color de la lana en ningún otro objeto. Termino de beber el café y leer el diario y me voy. Salgo a la esquina donde da el sol, ahora ha salido el sol y brilla y produce una especie de arcoiris en los charcos de agua de la calle. Y cuando voy a cruzar la calle me detengo porque un globo rojo y brillante se ha soltado de la mano de alguien y corro para que un auto no lo aplaste y veo al niño cómo corre por la vereda con el delantal del jardín de infantes, se ha soltado de la mano de la mujer que lo lleva y que también empuja un cochecito con un bebe y tomo el globo, durante unos segundos lo sostengo de un hilo tan poco fuerte y en unos segundos pasará a la mano del niño, se lo doy y el niño me mira con los ojos azules bien abiertos y yo miro los reflejos en los ojos del niño y sigo, sigo caminando como si ese día fuera único —y lo es—, como si los colores existieran siempre, como si siempre los viéramos, como si el color claro de la camiseta que la abuela de mi padre tejía volviera a aparecer alguna vez, como si los perros caminaran descalzos como perros y los niños jugaran al aire libre como niños, como si la sonrisa de ese niño con el globo se grabara en mi mente como un recuerdo indeleble.